

te de Jesucristo, significa que esta muerte abrió el cielo á todos los hombres: que ya no hay velo que nos oculte los misterios; que todas las figuras de la ley antigua han pasado, y que ya no queda sino la verdad patente y desnuda. Este rasgarse el velo daba tambien á entender que se habia roto la antigua alianza que Dios habia contraído con el pueblo judáico: que ya no habia santuario en aquel templo; que Dios ya no reconocia al pueblo judáico por su solo pueblo; que para con Dios ya no habia aceptacion de personas, y que en adelante todos los pueblos judíos y gentiles, escitas, griegos y romanos podrian entrar en el santuario; porque habiendo muerto Jesucristo por todos los hombres, todos los hombres habian sido hechos el pueblo de Dios.

Un tan grande golpe de prodigios en el cielo y en la tierra, tantas demostraciones de dolor, tantos gemidos, digámoslo así de toda la naturaleza pasmada y sentida en cierto modo al ver morir al Criador de todo, hizo impresion en los espíritus de los que se halláron presentes á su muerte. El Centurion que mandaba á los soldados, y todos los que estaban con él, habiendo visto tantos prodigios, exclamaron (*Luc. 23.*): *Este hombre era verdaderamente justo, y verdaderamente era hijo de Dios.* Toda la gente que habia estado presente á este espectáculo, al considerar lo que acababa de suceder, se volvía á la ciudad llena de espanto y de confusion, hiriéndose el pecho, y sin hablar palabra, temiendo mucho que la muerte de aquel hombre justo habia de atraer presto las últimas calamidades sobre toda la nacion. Hubo algunas mugeres devotas, y entre ótras María Magdalena, María, madre de Jacobo el Menor, y Salomé, muger del Zebedeo, que se resolvieron á quedarse en el lugar del suplicio desviadas de la gente, esperando que se desenclavase el cuerpo del Salvador, para ver el parage en dónde sería enterrado para ir á tributarle los últimos obsequios haciéndole los funerales.

§. LXI.

La sepultura de Jesucristo.

Como todo esto habia sucedido en la víspera del sábado, y los cuerpos no debian quedar sobre la cruz el día de fiesta, rogáron los judíos á Pilato mandase quebrar las piernas á los crucificados para acelerar su muerte, lo que se executó con los dos ladrones que se encontráron todavía vivos; pero viendo los soldados que Jesus estaba muerto, uno de ellos, llamado Longinos, se contentó con abrirle el costado con una lanza, y al punto salió de él sangre y agua. El que lo vió, añade san Juan, dió testimonio de ello, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice la verdad, á fin que vosotros mismos lo creáis tambien. San Juan insiste particularmente sobre esta circunstancia para mostrar que Jesucristo tenia verdadero cuerpo, que habia muerto verdaderamente, y que el efecto principal de su muerte era lavarnos de las manchas de nuestros pecados. Tambien se vió en esto cumplida la Escritura, que dice: *No le quebrantaréis hueso alguno: Os ejus non confringent.* Estas palabras se dixéron del cordero pascual, que era figura del Salvador inmolado por los hombres, y contenian al mismo tiempo una profecía de lo que habia de sucederle á Jesucristo.

Mientras que pasaba esto en el Calvario, José de Arimatea, que era un hombre muy rico y distinguido entre los judíos, y discípulo de Jesus, aunque oculto por temor á los judíos, y que no habia tenido parte en la tiranía de ellos contra el Salvador, se fue á Pilato con grande osadía, y le pidió le permitiese dar sepultura á Jesus. Habiéndoselo concedido Pilato, José y Nicodemus, otro discípulo oculto del Salvador, desenclaváron su adorable cuerpo, le baxáron de la cruz; y habiéndole embalsamado, sin temer la indignacion de los príncipes de la sinagoga, los que consternados á vista de lo que habia sucedido en aquella muerte, de la que el pueblo empezaba á murmurar mucho, no se atrevieron á oponerse, le envolviéron en una sábana nueva, y le pusié-

ron en un sepulcro que José había hecho labrar para sí poco tiempo había en una peña, en un huerto suyo que no estaba lejos del Calvario; y habiendo cerrado el sepulcro con una piedra muy pesada, cortada y hecha expresamente para cerrar la entrada ó boca del sepulcro, se retiraron. Las devotas mugeres, especialmente Magdalena, habiendo observado el sitio donde había sido puesto el sagrado cuerpo, se volviéron á Jerusalem con intencion de volver á embalsamarle luego que hubiese pasado la solemnidad del sábado.

Queriendo Dios que la resurreccion del Salvador fuese incontestable, quiso que los sacerdotes y tambien los magistrados, como tan interesados en embarazar el que se creyese la resurreccion del Salvador, tomasen las medidas y precauciones imaginables, para que no se pudiese decir que el cuerpo de Jesus había sido robado ocultamente. Fuéron, pues, á decirle á Pilato el mismo día (*Matth. 26.*), que se acordaban que Jesus, á quien diéron el epíteto de embaucador, había dicho que despues de tres días resucitaria. Rogámoste, le dixéron, mandes guardar el sepulcro, no sea que vayan sus discípulos, y le hurten, y digan despues al pueblo que ha resucitado, pues este error sería peor que el primero. Pilato les dixo: Ahí teneis soldados; id y guardadle vosotros mismos. Otra circunstancia que Dios permitió ó dispuso para que no se pudiese decir que los soldados romanos habían sido sobornados. Cerráron, pues, el sepulcro, y selláron la piedra con el sello del magistrado, poniendo un cuerpo de guardia, compuesto de soldados judíos, empeñados por obligacion, por honor y por amor á su nacion, á impedir todo fraude y toda sorpresa. Queriendo Dios dar á la resurreccion de su Hijo todas las pruebas y todos los grados de certidumbre posible, se sirve de aquellos mismos que mas temian que Jesucristo resucitase, y que se creyese que había resucitado; se sirve de ellos, vuelvo á decir, para hacer cierta, evidente é incontestable su resurreccion.

La resurreccion gloriosa de Jesucristo.

Aunque las santas mugeres estaban impacientes por ir á tributar á Jesucristo sus últimos obsequios, sin embargo se estuviéron quietas todo el sábado, que era día de fiesta y de descanso; pero lo mismo fue ponerse el sol, es decir, á las seis de la tarde, tiempo en que se acababa la fiesta, que María Magdalena y sus compañeras fuéron á comprar aromas para embalsamar el cuerpo del Salvador. La santa impaciencia en que estaban de satisfacer su devocion, hizo que partiesen de casa al amanecer, que era la mañana del sábado (segun el uso de los judíos, entre los cuales el día se componia de la tarde y de la mañana siguiente): saliéron, pues, de casa el domingo por la mañana, el que se llamó desde entonces el día del Señor, por haber resucitado en él el Salvador. En el camino se decian unas á otras: ¿Quién nos quitará la piedra que cierra la puerta del sepulcro, pues es tan pesada, que muchos hombres apenas podian arrastrarla cuando fue menester cerrar con ella el sepulcro? Pero á quién ama verdaderamente á Dios, nada le parece imposible. Por mas priesa que se diéron, no llegóron al sepulcro hasta despues de salido el sol. El Salvador había ya salido de él vivo, glorioso y triunfante, y se había ya aparecido á su madre, como se dirá mas abaxo y mas largamente en la vida de la santísima Virgen.

Se cree que fue precisamense al salir el sol cuando este divino sol de justicia salió de las tinieblas de la muerte, habiéndose resucitado él mismo por su propia virtud al tercero día, como lo había predicho tantas veces durante su vida. Fue, pues, en este tercer día, que por eso llamamos día del Señor, cuando el alma bienaventurada de Jesucristo, que había descendido á las partes inferiores de la tierra (como habla san Pablo, y que nosotros llamamos el limbo) á sacar las almas de los Santos que aguardaban allí su venida, volvió á unirse á su cuerpo; y habiéndole comunicado todos los dotes de los cuerpos

resucitados y gloriosos, este divino cuerpo, del que jamás se había separado la naturaleza divina, pasó por entre la piedra del sepulcro sin moverla ni hacerla ninguna abertura. A este tiempo se sintió un temblor de tierra alrededor del sepulcro: un ángel baxó del cielo, echó á un lado la piedra que cerraba el sepulcro, y se sentó encima de ella. Su cara era mas resplandeciente que un relámpago, y sus vestidos mas blancos que la nieve. Los soldados que guardaban el sepulcro quedaron tan aturridos y espantados del estruendo y de los demas prodigios, que quedaron como muertos: luego que volviéron en sí, echáron á correr atónitos y perdidos, y se fuéron medio muertos á contar al sumo sacerdote y á los magistrados todo lo que habia sucedido, y todo lo que habian visto, hasta las menores circunstancias. Añade el Evangelista que al tiempo de la resurreccion del Salvador, habiéndose abierto muchos sepulcros, resucitaron muchos cuerpos de Santos, como para hacer mas glorioso el triunfo de Jesucristo, que salia victorioso de aquellos lugares subterráneos, despues de haber puesto en libertad á tantos ilustres esclavos.

Llegan en fin, las santas mugeres y se pasan de no hallar guardias en el sepulcro, de ver quitada la piedra del sepulcro, y abierto el monumento; y todavía se pasan mas, cuando habiendo entrado en él, no encuentran el cuerpo adorable de Jesucristo. María Magdalena, sumamente afligida, vuelve corriendo á Jerusalem, y toda llorosa, dice á los apóstoles que el sepulcro estaba abierto, pero que no habia encontrado en él el cuerpo de su buen Maestro. Las otras mugeres, inmóviles junto al sepulcro, no sabian qué partido tomar: en esta perplexidad, estando hablando entre sí, viéron dos ángeles en figura humana, rodeados de una luz y resplandor celestial: uno de los cuales la dixo: Muger, no temais; sé que buscáis á Jesus Nazareno, que ha sido crucificado estos dias, ha resucitado, no está aquí; venid, y veréis el lugar en donde lo habian puesto: id al instante á buscar á sus discípulos, y decidles á todos, especialmente á Pedro, que estará antes que ellos en Galilea, y que allí le verán despacio, como se lo habia prometido. Las santas mugeres, ocupadas y llenas á un mismo tiempo de temor, de gozo y de ad-

miracion se vuelven á la ciudad sin pensar ni hablar sino de lo que habian visto.

§. LXIII.

Aparécese Jesucristo á la Magdalena y á las otras santas mugeres.

Mientras que pasaba esto en el sepulcro, habiendo encontrado Magdalena á san Pedro y á san Juan, les dice que se han llevado del sepulcro el cuerpo de su buen Maestro; y no sé, añade llorando, qué se ha hecho de él. Dicho esto, se vuelve al punto al sepulcro. Corren tras ella Pedro y Juan: llega Juan primero; y habiéndose baxado para mirar hácia dentro, vió las mortajas en que habia estado envuelto el cuerpo, las cuales estaban en tierra. Habiendo llegado Pedro, entra en el sepulcro, y Juan tras él, y ven á un lado la sábana en que se envolvió el cuerpo, y al otro lado cogido el sudario con que se cubrió la cabeza; lo que les hizo creer que el cuerpo de su buen Maestro habia sido llevado de allí, como Magdalena les habia dicho, sin pensar en que el Salvador les habia asegurado que resucitaria tres dias despues de su muerte; y así, oprimido el corazon de dolor, se vuelven á Jerusalem. Pero Magdalena, á quien nada era capaz de consolar, no se movió de allí, resuelta á informarse á cualquier precio de cuanto habia pasado. Vuelta otra vez á ver el sepulcro, advirtió que habia en él dos ángeles, los que la dixéron: Muger, ¿por qué lloras? Porque me han llevado á mi Señor, les respondió, y no sé dónde le han puesto. A este tiempo, habiendo vuelto hácia atrás, vió á Jesus que estaba allí en pie, el cual la dixo: ¿Por qué lloras, muger? ¿á quien buscas? Magdalena no conoció á Jesus; antes bien pensando que era el hortelano que cuidaba del huerto en que estaba el sepulcro, le dixo: Señor, si tú le has llevado, dime dónde le has puesto, y yo lo tomaré. Entonces Jesus, llamándola por su nombre, la dixo: María. A esta palabra le miró; y habiendo conocido que el que la hablaba era Jesus, exclamó: Maestro, y postrándose á sus pies, quiso besárselos; pero el Salvador se lo embarazó; porque Magdalena, dice san Leon, creía entonces que

Jesucristo había resucitado como Lázaro para vivir en adelante sobre la tierra como había vivido hasta su muerte, y que había vuelto á tomar su cuerpo pasible y mortal como antes. Su fe no estaba todavía enteramente purificada; y así la dixo Jesus (*Joan. 20.*): No pienses en tocarme, porque no he subido aún á mi Padre; date prisa, ve á decir de mi parte á mis discípulos, á quienes ahora doy el nombre de hermanos, que dentro de algunos dias subiré al cielo, donde está mi Padre, el cual tambien es Padre de ellos.

¿Quién es capaz de explicar el gozo que tendria entonces aquella fiel amante? Parte al instante á llevar la nueva á todos los discípulos; y habiéndose juntado en el camino con sus compañeras, que se volvian tristes y desconsoladas á Jerusalem, las dice que Jesus había resucitado, que élla le ha visto, y que tiene orden de llevar esta nueva á todos los discípulos. Estaba contando todas estas cosas con un transporte de gozo, que manifestaba bien que era verdad cuanto decia, cuando he aquí que el Salvador se les apareció á todas juntas. Penetradas todas de gozo y de admiracion, se postran á sus pies, y le adoran. Mandólas Jesus que fuesen sin detenerse á decir á los discípulos lo que habían visto, y desapareció. Ellas corrieron á contar á los discípulos que estaban juntos, que habían visto á Jesus resucitado, y les dicen lo que Jesus las había mandado. Como siempre cuesta dificultad el creer lo que se desea con ansia, habiendo oído los discípulos lo que las santas mugeres contaban, no las creyeron, sino que las trataron de visionarias.

Se debe advertir que en ninguna de estas apariciones de Jesucristo resucitado, ni en las siguientes, se habla palabra de la santísima Virgen, su madre; pero no tiene duda que al instante que el Hijo de Dios resucitó se apareció á su querida Madre, la que perfectamente instruída é informada de cuanto había de suceder, aguardaba tranquilamente el dichoso momento en que su gozo debía ser lleno. Fuélo, en efecto, viendo la primera á su querido Hijo resucitado, glorioso, triunfante é impasible. No tuvo orden la santísima Virgen de publicar la primera esta gloriosa resurrección, porque hubiera podido parecer sospechosa. Y si el evangelio nada dice de esto, es porque no debía referir sino las apariciones hechas á los que no

estaban bien instruidos de este gran misterio; á los que dudaban de él, y estaban destinados á comunicarle á toda la tierra.

Sobresaltada furiosamente la sinagoga de lo que los soldados, testigos oculares de todo lo que había pasado en el sepulcro, contaban de la milagrosa resurrección de Jesus, después de muchas juntas, se conviniéron los sacerdotes y magistrados en dar á los soldados una gruesa cantidad de dinero para obligarles á decir en todas partes que estando ellos dormidos fueron sus discípulos secretamente, durante la noche, y se llevaron el cuerpo. Jamás se vió mentira mas mal forjada; sin embargo, una impostura tan grosera no dexó de esparcirse entre el vulgo; pero no todos fueron tan simples que se lo creyeran. En efecto, ¿qué verisimilitud había en que unas gentes tan tímidas como los discípulos de Jesucristo hubiesen tenido valor para forzar un cuerpo de guardia, romper el sello del príncipe ú del magistrado, quitar una piedra de un peso enorme, y llevarse furtivamente un cuerpo, y todo esto mediando una compañía de soldados, dormidos todos sin que ninguno se despertase? Pero si todos los soldados del cuerpo de guardia se duermen en el servicio militar, ¿qué castigo se executa en ellos por una culpa que así entre los judíos, como entre todos los pueblos del universo es irremisible? ¿Se puede imaginar cosa mas grosera, necedad mas insigne? ¿Qué visos tiene de verdad, y no de patraña la relacion y dicho de los soldados? Pilato, aunque pagano, fue mas sincero en la relacion que envió al emperador Tiberio de todo lo que había pasado, y no omitió advertirle que tenia por cierto que Jesus había resucitado; lo que hizo decir á Tertuliano, que este gentil habla en esta relacion como hubiera podido hablar un verdadero fiel.

§. LXIV.

Se aparece Jesus resucitado á los discípulos que iban á Emaus, á S. Pedro y á todos los discípulos juntos, y despues á santo Tomás.

El mismo dia de la resurreccion del Salvador, que era al otro dia del sábado, y por consiguiente el primer dia de la semana, dos de los discípulos partiéron por la tarde de Jerusalem para ir á Emaus, que era una aldea distante dos leguas cortas de la capital. Conversando entre sí en el camino, se les juntó Jesus en figura de peregrino, y les dixo: ¿Qué es eso que hablais, y por qué pareceis estar tan tristes? Uno de ellos, llamado Cleófas, le respondió: Parece que tú eres el único de todos los forasteros que han estado en Jerusalem que ignore lo que ha pado en élla estos dias. ¿Qué? les dixo Jesus. ¿Cómo? Replicó Cleófas: (Luc. 24.) Pues qué, ¿no sabes lo que ha sucedido con Jesus de Nazaret, que era un profeta poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de los hombres, á quien los príncipes de los sacerdotes y nuestros magistrados han entregado para ser condenado á muerte, y por fin le han crucificado? Nosotros esperábamos que este hombre sería el Salvador de Israel, como él mismo nos lo habia hecho esperar; pero ha ya tres dias que han sucedido estas cosas, y su promesa no se verifica. Bien es verdad, que unas mugeres de las nuestras nos han dicho que ciertamente habia resucitado: fuéron al amanecer el dia de hoy al sepulcro; y no habiendo encontrado su cuerpo, nos han asegurado que habian visto unos ángeles, los que las han dicho que estaba vivo. Algunos de entre nosotros han ido al sepulcro, y han visto lo que las mugeres nos decian; pero á Jesus no le han encontrado, ni saben lo que ha sucedido de él.

Entonces Jesus, que los habia estado escuchando sin decir palabra, se revistió de maestro, y les reprendió, aunque con buen modo, su poca fe, diciéndoles: ¿Oh necios y tardos de corazon para creer las cosas que han di-

dicho los profetas! ¿Por ventura no conyimo que Cristo padeciese todo esto, y así entrase en su gloria? Despues, comenzando á hablar de Moyses y de todos los profetas, les explicó lo que estaba escrito de él. Entretanto se encontraron cerca del lugar donde iban, y Jesus hizo ademán de querer pasar mas adelante; pero ellos le detuviéron y le forzaron á quedarse con ellos, diciéndole que era tarde y que se acababa ya el dia: rindióse Jesus á sus ruegos; y puestos todos á comer, tomó Jesus el pan, le bendixo, (y quizá le consagró) y habiéndole partido, se lo dió á comer. En esto se abrieron sus ojos y le conociéron; pero Jesus desapareció al instante. Entonces, atónitos y admirados, se dixéron uno á otro: Es Jesus; ¿y es posible que hayamos estado tanto tiempo sin conocerle? ¿No sentíamos abrasarse nuestro corazon cuando nos hablaba en el camino, y nos explicaba las Escrituras? Dicho esto, levántanse al punto de la mesa, y se vuelven á toda priesa á Jerusalem. Encuentran á los apóstoles juntos, los cuales, al verles entrar, les dicen llenos de gozo: El Señor ha resucitado verdaderamente; no hay que poner duda en éllo, pues se ha aparecido á Pedro. ¿A quiénes hablais de esto? responden nuestros dos caminantes. Tambien se nos ha aparecido á nosotros, hemos tenido la dicha de conversar con él un largo rato, nos ha dicho las mas bellas cosas del mundo sobre su passion, su muerte y su resurreccion, predichas por Moyses y por los profetas, de los que nos ha dado una inteligencia clara; bien es verdad que nuestros ojos estaban como fascinados, y que no le hemos conocido hasta la fraccion del pan.

(Luc. 24.) Aún no habian acabado de hablar, cuando he aquí que Jesus se presentó en medio de ellos, y les dixo: La paz sea con vosotros: yo soy, no temais. Por mas dulce y agradable que fuese esta visita tan poco esperada, los discípulos quedaron atónitos, y se imaginaban ver un fantama, ó cuando ménos un espíritu revestido de un cuerpo prestado; pues ignorando todavía las cualidades de un cuerpo resucitado, no comprendian cómo habia podido entrar estando cerradas todas las puertas. El Salvador, les serenó diciéndoles: ¿De qué os turbais? ¿y por qué os vienen esos pensamientos? Mi-

rad mis manos y mis pies; yo mismo soy: tocad y ved: el espíritu no tiene ni carne ni huesos, como veis que yo los tengo. Despues de haberles dicho esto, les mostró sus manos, sus pies y el costado con las cicatrices; pero era tanto el gozo que tenian, que apenas podian creer lo mismo que estaban viendo. Estando así suspensos, les dixo Jesus: ¿Teneis algo que comer? Ellos le ofrecieron parte de un pez asado y un panal de miel. Habiendo comido Jesus en su presencia, tomó las sobras y se las dió, diciéndoles despues: Ahora veis cumplirse lo que os decia cuando estaba con vosotros, que era preciso se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moyses, en los profetas y en los salmos. Luego que hubo comido delante de ellos, no porque tuviese necesidad de alimento, sino por desvanecer todas sus dudas, y para convencerlos con las pruebas mas sensibles, que el que estaba con ellos era él mismo y no un fantasma, y que habia resucitado verdaderamente, les dixo otra vez: La paz sea con vosotros; como á mí me envió mi Padre, así tambien os envio á vosotros yo; despues de lo cual sopló en ellos, y les dixo: Recibid el Espíritu santo: (Joan. 10.) A quienes perdonáreis los pecados, les serán perdonados, y á quienes los retuviéreis sin perdonarles, les serán retenidos.

Tomás no estaba con los otros apóstoles cuando vino Jesus, y se les manifestó del modo que acabamos de decir: luego que le viéron, le dixéron, llenos de gozo, que habian visto al Señor; pero él no los quiso creer. Contáronle lo que el Señor les habia dicho, y lo que habia hecho con ellos; pero él les respondió: Mientras yo no vea en sus manos la abertura de los clavos, miéntras no meta mi dedo por sus agujeros y mi mano en su costado, nada he de creer. Esta especie de incredulidad parece nacia mas bien de un deseo demasiado vehemente de que esto fuese así, que de una obstinada desconfianza de que pudiese ser. Cuando se desea una cosa con impaciencia y con ansia, se cree poco todo lo que se nos dice tocante á ella; queremos convencernos por nosotros mismos. Como quiera que sea, el Hijo de Dios, que hacia servir todas estas incredulidades al establecimiento de la fe de su resurreccion, no quiso dexar á este Após-

tol en su infidelidad: á este fin ocho dias despues, estando los discípulos juntos en el mismo lugar, y Tomás con ellos, entró Jesus estando cerradas las puertas; puso en medio de ellos, diciendo: La paz sea con vosotros; y luego volviéndose á Tomás, le dixo: Acércate, discípulo incrédulo, mete aquí tu dedo, y mira mis manos; llega tu mano, y métela en mi costado; asegúrate bien de la verdad y de la realidad de mi resurreccion, y no seas incrédulo, sino fiel. Entonces Tomás, penetrado á un mismo tiempo de gozo y de confusion, y animado de un amor ardiente y de una fe viva, se postró á sus pies, y exclamó: Mi Señor y mi Dios. Díxole entonces Jesus: Tomás, tú no has querido fiarte del testimonio que te di tantas veces cuando estaba contigo, ni del de tus hermanos despues de mi resurreccion, has querido convencerme por tus propios sentidos, has creído ahora porque me has visto y me has tocado. *Pero dichosos los que no han visto, y sin embargo han creído.* La dificultad que tuvo santo Tomás para creer la resurreccion de Jesucristo sobre el testimonio de los discípulos, no es sin misterio. Como la resurreccion de Jesucristo es, digámoslo así, como la basa de toda la religion, quiso Dios que tuviésemos sobre este punto todas las seguridades imaginables, y por eso se dexó ver tantas veces; se dexó tocar, comió y conversó familiarmente con sus discípulos por espacio de cuarenta dias. La incredulidad de santo Tomás, como dicen los santos padres, sirvió mas que la fe sencilla y pronta de todos los otros discípulos: cuando uno quiere convencerse de un hecho con pruebas sensibles, no puede ser acusado de haber creído con demasiada ligereza.

S. LXV.

Pesca milagrosa. Encarga Jesus sus ovejas á san Pedro, é instruye á sus apóstoles.

Habiendo mandado el Salvador á sus apóstoles que volviesen á Galilea, se fuéron allá sin detencion, y lograron que Jesus se les manifestase en muchas ocasiones.

(Joan. 21.) Estando un dia juntos Pedro, Tomás, Die-